

DESARRAIGO ONTOLÓGICO Y CRISIS ECOLÓGICA EN NUESTRO MUNDO MUERTO DE LILIANA COLANZI

DESARRAIGO ONTOLÓGICO E CRISE ECOLÓGICA EM NUESTRO MUNDO MUERTO DE LILIANA COLANZI

Luis Miguel Barboza ARIAS¹

RESUMEN: Este artículo propone una reflexión sobre la desorientación ecológica en el Antropoceno a partir del cuento *Nuestro mundo muerto*, de Liliana Colanzi. Mirka, la protagonista, experimenta un desarraigo no solo geográfico, sino también ontológico, como efecto de la crisis ecológica planetaria. La metáfora de una humanidad desconectada de la Tierra – cuyas heridas ecológicas y emocionales se manifiestan en paisajes contaminados y vínculos rotos – permite articular literatura y teoría posthumanista para repensar la coexistencia con lo no humano. En contraste con una visión tecnocrática del futuro, el cuento sugiere que la resiliencia ecológica implica asumir la discontinuidad y aceptar la porosidad entre cuerpos y especies. Desde una perspectiva onto-política, se plantea que ya no basta con interpretar el mundo desde categorías fijas: es necesario abrirse a nuevas formas de sentir, pensar y habitar. El artículo sostiene que ficción y teoría no son términos opuestos, sino aliados en la tarea de resignificar la vitalidad planetaria. Frente a la imposibilidad de controlar completamente lo vivo, se aboga por relaciones regenerativas que permitan cohabitar con la otredad y lo otro en un planeta herido, pero aún fértil. En ese sentido, fenómenos como el avistamiento de un pez abisal en Canarias (España) no solo simbolizan lo desconocido que emerge en medio del colapso, sino que encarnan materialidades contingentes que invitan a repensar la coexistencia en una era donde la soledad cósmica se vuelve, por momentos, apabullante.

PALABRASCLAVE: Colapso ambiental. Cuento contemporáneo. Ecocrítica. Extractivismo planetario. Posthumanismo.

RESUMO: Este artigo propõe uma reflexão sobre a desorientação ecológica no Antropoceno a partir do conto *Nuestro mundo muerto*, de Liliana Colanzi. Mirka, a protagonista, experimenta um desarraigo não apenas geográfico, mas também ontológico, como efeito da crise ecológica planetária. A metáfora de uma humanidade desconectada da Terra – cujas feridas ecológicas e emocionais se manifestam em paisagens contaminadas e vínculos rompidos – permite articular literatura e teoria pós-humanista para repensar a coexistência com o não humano. Em contraste com uma visão tecnocrática do futuro, o conto sugere que a resiliência ecológica implica assumir a discontinuidade e aceitar a porosidade entre corpos e espécies. A partir de uma perspectiva onto-política, argumenta-se que já não basta interpretar o mundo a partir de categorias fixas: é necessário abrir-se a novas formas de sentir, pensar e habitar. O artigo sustenta que ficção e teoria não são termos opostos, mas aliados na tarefa de resignificar a vitalidade planetária. Diante da impossibilidade de controlar completamente o vivo, defende-se relações regenerativas que permitam coabitar com a alteridade e o outro em um planeta ferido, mas ainda fértil. Nesse sentido, fenômenos como o avistamento de um rape abissal nas Canárias (Espanha) não apenas simbolizam o desconhecido que emerge em meio ao colapso, mas também encarnam materialidades contingentes que convidam a repensar a coexistência numa era em que a solidão cósmica se torna, por momentos, avassaladora.

PALAVRAS-CHAVE: Colapso ambiental. Conto contemporâneo. Ecocrítica. Extrativismo planetário. Pós-humanismo.

1. Doctor en Desarrollo Rural por el Programa de Pós Graduação em Desenvolvimento Rural de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (PGDR-UFRGS), en Porto Alegre, Brasil. Actualmente, es profesor asociado en la Escuela de Sociología de la Universidad de Costa Rica (UCR), en San José, Costa Rica. E-mail: lubasar@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0765-730X>.

Introducción

En *Sad planets*, Dominic Pettman y Eugene Thacker escriben:

[...] un estado de ánimo emerge en ese espacio confuso entre la interioridad y la exterioridad, la zona de disipación en la que la personificación humana del mundo se entrelaza con la despersonificación del ser humano, intersectada por un conjunto de propiedades elementales que nos impactan de maneras que solo entendemos de manera liminal (PETTMAN; THACKER, 2024, p. 334, traducción propia).

Esta frase también podría servir para reseñar el cuento *Nuestro mundo muerto* de Liliana Colanzi, que es el verdadero foco de este artículo. La melancolía y la tristeza en relación con el cambio climático y la existencia humana en el cosmos, como argumentan los autores, pueden resultar extremadamente andro/antropocéntricas si se miran con superficialidad. Su crítica nos lleva a reflexionar sobre el egocentrismo que permea discursos de empresarios multimillonarios como Elon Musk. SpaceX, la empresa que Musk fundó en 2002, no solo ha prometido reducir los costos de los lanzamientos espaciales, sino también la colonización de Marte, tema central en el cuento de Colanzi. Sin embargo, estas visiones no podrían ser más opuestas. Mientras la narrativa corporativa presenta una visión redentora (**rescatar** a la humanidad) y optimista sobre la movilidad interplanetaria, Colanzi introduce advertencias y cuestionamientos sobre este impulso expansionista, que en muchos casos no es más que la repetición del viejo anhelo humano de jugar a ser dioses.

Pero hay una cuestión aún más importante: la idea de un mundo que ha llegado a su fin. Pettman y Thacker diferencian entre el fin **de un** mundo y el fin **del** mundo. Lo que podría estar terminando no es el mundo en sí, sino nuestra visión – ¿o miopía? – antropocéntrica de él. En lugar de adaptarnos al entorno, los humanos hemos intentado, a través de la ciencia y la tecnología, adaptarlo a nuestras necesidades. Como señala la antropóloga Anna Tsing (2012, p. 144), la excepcionalidad humana nos ciega (*human exceptionalism blinds us*), y se ha vuelto disfuncional para enfrentar la **desorientación ecológica** (LUCKHURST, 2017, p. 1053), que muchos científicos, artistas y teóricos culturales asocian con la hipótesis del Antropoceno. La confianza en soluciones tecnológicas y el determinismo de datos han generado la falsa idea de que podemos revertir el daño ambiental sin cambiar nuestra relación con el planeta. Sin embargo, esta perspectiva nos ha llevado a un callejón sin salida.

En este contexto, *Nuestro mundo muerto* se torna sugestivo. La idea del fin no solo abre la posibilidad de imaginar nuevos comienzos, sino que nos hace repensar nuestra conexión con el planeta y sus formas de vida actuales. Aunque la colonización de Marte sigue siendo en gran medida una cuestión especulativa, el cuento de Colanzi nos recuerda nuestro origen terrenal y la importancia de volver la mirada hacia los seres con quienes compartimos la Tierra. Aprender a mirar de un modo distinto implica valorar las vidas no humanas que prosperan incluso en los rincones más deteriorados del planeta.

Colanzi nos deja con un poderoso argumento ecológico: tal vez no se trata de un **mundo muerto**, sino de un **mundo muriendo**. Un mundo donde la propia fertilidad engendra muerte; un mundo donde lo infértil reivindica un vitalismo aún palpitante, pero devastado. Entonces, ¿qué hacer?² Ya no se trata solo de recurrir a **retóricas postplanetarias** (DANIEL, 2023), como establecer un asentamiento extraplanetario. Si, como ha anunciado Musk, en un futuro próximo “todo el mundo podría visitar el planeta rojo” (THE ECONOMIC TIMES, 2024), lo mínimo que cabría esperar es también la posibilidad de regresar al suelo firme del que partimos.

Este artículo plantea cómo la idea de un mundo en agonía, filtrada a través del cuento *Nuestro mundo muerto* de Liliana Colanzi, sirve para abrir un metadiálogo sobre la crisis ambiental y la necesidad de recuperar la conexión con lo terrenal. Tras describir las aperturas (co) existenciales que la estadía en Marte parece provocar en la protagonista, incorporaré elementos de la filosofía y la literatura posthumanista para reflexionar sobre la nueva vitalidad que reconfigura el sentido ontológico de las ecologías de vida y muerte en las que estamos inmersos.

En lo que podría considerarse un giro argumentativo, más adelante abordo el avistamiento de un pez rape abisal (*Melanocetus johnsonii*), en las costas de Canarias, para ilustrar cómo la coexistencia con lo desconocido trasciende la interpretación figurada. Este avistamiento, que ocurrió a finales de enero de 2025, se viralizó rápidamente en redes sociales y generó reacciones que complementan mi reflexión sobre el cuento de Colanzi. El ejercicio reafirma que ficción y teoría no son términos opuestos, sino territorios interconectados que nos permiten evitar visiones excesivamente racionalistas y abrirnos a formas de experimentar nuestra existencia en el cosmos a través sensibilidades y capacidades sensoriales emergentes.

Aperturas (co)existenciales: ser arrojados al vacío, con otros

Una mujer en una misión de colonización en Marte. Así resume la editorial Almadía la premisa de *Nuestro mundo muerto*, cuento que, junto a otros siete relatos, da título al libro publicado en 2016. Su autora, la escritora boliviana Liliana Colanzi, fusiona lo fantástico, lo surreal y lo realista en historias cargadas de simbolismo que invitan a la reflexión. En entrevistas promocionales, Colanzi ha señalado que estos ocho cuentos “van sobre el momento en que lo real se quiebra y se tuerce un poco” (NOTIMEXTV, 2016, en línea). Respecto a los personajes, ha expresado su interés en “indagar qué es lo que los motiva, lo que los atemoriza; qué es lo que los preocupa” (ARANDA, 2022, en línea). Sobre el hilo conductor de los relatos, ha descrito la

2. *¿Qué hacer?* (1902) es una obra de Vladímir Ilich Uliánov, conocido como Lenin, líder bolchevique de la Revolución de Octubre de 1917, y un texto clave del pensamiento revolucionario marxista. En 1983, la bióloga y teórica feminista Donna Haraway retoma esa pregunta en su *Manifiesto ciborg*, donde realiza una relectura crítica de ideologías como el marxismo y el existencialismo. Haraway (2021, p. 123) sostiene que no existe una conexión natural entre las mujeres basada en el hecho de serlo. Al reflexionar sobre el **trabajo categorial** y la construcción de mundos utópicos postgénero, afirma que la biología es una práctica cultural-material que debe entenderse en intersección con diversas comunidades de práctica, humanas y no humanas.

preeminencia de “una atmósfera ominosa; la presencia de fuerzas que arrastran a los personajes, de las que huyen o con las que se enfrentan de alguna manera” (LIBROS A MÍ, 2017, en línea)³.

La movilización de distintos afectos para construir esta atmósfera es uno de los aspectos más llamativos de *Nuestro mundo muerto*. O, quizás, sería más adecuado hablar de una **afectividad atmosférica**, que se convierte en un personaje en sí misma: opresiva, envolvente y determinante. A primera vista, puede parecer paradójico hablar de atmósfera en un relato ambientado en Marte, un planeta cuya delgada capa gaseosa – compuesta principalmente de dióxido de carbono (CO₂), con trazas de nitrógeno, argón, oxígeno y vapor de agua – es radicalmente distinta a la atmósfera terrestre. Sin embargo, en el cuento, lo atmosférico no es solo un fenómeno físico, sino una sensación asfixiante que afecta la percepción de los personajes y potencia la tensión narrativa. Como señala González Almada (2023, p. 66,68), los cuentos de Liliana Colanzi generan “una atmósfera vinculada a lo extraño y a lo indescifrable”, una atmósfera “de lo extraño descendiendo, casi imperceptible, sobre las subjetividades de los personajes”.

En el caso de *Nuestro mundo muerto*, podríamos argumentar que no solo se trata de la relación con **lo extraño**, sino también de cómo las emociones de **extrañeza** o **extrañamiento** se materializan a través de vínculos afectivos significativos que influyen directamente en las decisiones de los personajes. En este sentido, la atmósfera marciana que describe el relato no está diseñada para generar aprecio por lo desconocido (OCARANZA ORDÓÑEZ, 2024), sino para reivindicar lo inusual como un modo inédito de cohabitabilidad.

Tomando como referencia al filósofo Mark Fisher, Janet Elisa Pérez (2023) escribe que la fascinación de Colanzi por lo exterior conlleva una cierta aprensión. La aprensión es un concepto orientado hacia el futuro, pertenece al orden de la expectativa y, por lo tanto, su función es mantener indefinido aquello que apenas está adquiriendo forma, aquello que permanece en el umbral de la razón. En su obra, Fisher (2018, p. 13) señala que lo raro y lo espeluznante “no suele emanar de espacios cerrados, domésticos y habitados; hallamos lo espeluznante con más facilidad en paisajes parcialmente desprovistos de lo humano”. Se trata de la posibilidad, siempre abierta, de habitar zonas indeterminadas o en constante transformación por el paso del tiempo, espacios que nunca llegan a ser completamente hospitalarios. Esta sensación es expresada por Mirka, la protagonista del cuento, cuando reflexiona: “[a]unque llevaba ya un tiempo allí, yo todavía no superaba el terror de salir al Afuera sin otra protección que el traje” (COLANZI, 2016, p. 101).

La afectividad atmosférica es una experiencia eminentemente sensitiva. Siguiendo esta idea, se sugiere que la falta de oxígeno es inseparable de una angustia que trasciende lo físico y se convierte en un desarraigo profundo. La protagonista, enfrentada a un entorno hostil, experimenta una fisura existencial y metafísica que la obliga a replantearse dimensiones de la realidad que antes parecían incuestionables. La distrae “un espejismo en el desierto” (COLANZI, 2016, p. 99). Este espejismo, en el que el paisaje desértico marciano parece aludir más a un cuestio-

3. Las frases entrecomilladas corresponden a citas literales extraídas de diversas entrevistas realizadas a la autora, las cuales están disponibles en la plataforma YouTube.

namiento sobre la imposibilidad de habitar un paisaje terrícola afectado por la contaminación radioactiva, encierra una paradoja: es una experiencia inmanente y trascendente al mismo tiempo. Hay un contraste de elementos.

El espejismo evoca la imagen de un ciervo moviéndose entre las dunas de Marte, una alucinación que hace que la protagonista recuerde los ciervos de los Urales,⁴ donde vivía antes de ser reclutada por la Lotería Marciana, un programa que incorpora a personas dispuestas a participar voluntariamente en viajes exploratorios a Marte. Rememora los paseos por el bosque, que en realidad eran cacerías; el “sonido del rifle”, su novio “apuntando y disparando”, y en un juego multisensorial, recuerda con precisión quirúrgica la textura de lo vivido y la sensación de alimentarse de otro ser: “destripamos al alce con cuchillos cazadores. Tommy le abre el pecho y extrae el corazón caliente, que pulsa todavía” (COLANZI, 2016, p. 99).

El espejismo evoca los límites de la experiencia mundana, convirtiéndose en un instante a la vez inmanente y trascendente: en Marte, aunque sea por un segundo (o lo que dure un recuerdo), nada parece haber cambiado, nada parece distinto de la Tierra.⁵ Todo vuelve a ser familiar; la protagonista recupera, fugazmente, la sensación de estar en un lugar que podría ser **nuestro** hogar. Pero el espejismo se disipa de inmediato. La fugacidad y el intento de escape ceden ante la duda y la desconfianza; ya no es posible evadirse. Se instaura, una vez más, la desconcertante sensación de pérdida: la toma de conciencia abrupta de que el único mundo conocido se acerca a **un** fin. Después del evento con el ciervo, Mirka reflexiona: “cada uno de nosotros, a su manera, seguía orbitando la Tierra. Éramos satélites girando eternamente alrededor de lo perdido” (COLANZI, 2016, p. 98).

La tensión con el optimismo es latente. Mirka se irrita con Pip, otro miembro de su equipo, a quien acusa de adoptar ingenuamente el discurso de la Lotería Marciana con su “permanente buena onda” (COLANZI, 2016, p. 103). También lo califica como “un idealista o un estúpido” por creer en la misión y estar dispuesto a “donar su vida para la conquista de otros mundos” (COLANZI, 2016, p. 103). La personalidad de Pip contrasta con la de Choque, un botánico encargado de un huerto marciano, de quien se nos dice poco, pero que muere en un aparente suicidio tras sufrir alucinaciones y, en palabras de Pip, volverse loco: “Lo encontraron junto al cráter, el casco entre las manos, congelado y con los ojos bien abiertos hacia el horizonte púrpura” (COLANZI, 2016, p. 100).

Lo atmosférico en el cuento opera como una metáfora emocional y, al mismo tiempo, como un contrarrelato que complementa los recuerdos de la crisis ecológica terrestre, como en la escena en la que la protagonista rememora su visita a una planta nuclear abandonada junto a

4. Los Urales son una cadena montañosa que separa Europa y Asia, con gran importancia geográfica, cultural y mineral. Se dividen en tres secciones: Septentrionales, Centrales y Meridionales. Su valor histórico es notable, ya que fueron clave en la industrialización de Rusia y siguen siendo ricos en recursos como carbón, metales y minerales.

5. El concepto filosófico de **inmanencia** hace referencia a algo que pertenece o está contenido en lo material o en el mundo. En el cuento, la inmanencia es exponencial: la colonización de Marte abre una perspectiva en la que la habitabilidad cósmica, en ciertos momentos, parece posible.

su – ahora – exnovio. En esa ocasión, él, después de impedirle comer unas moras aparentemente jugosas, le increpa: “[e]stán contaminadas [...] Todo está contaminado” (COLANZI, 2016: 99). La atmósfera irrespirable de Marte refleja la contaminación de la Tierra, creando un contrapunto entre el deterioro ambiental y la alienación humana respecto a un entorno hostil.

Las condiciones extremas, tanto en el espacio como en la Tierra, generan dilemas onto-existenciales que trascienden la mera supervivencia. Como han señalado con inquietante clarividencia Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro en su libro *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, “nos creíamos destinados al vasto océano sideral y henos aquí de vuelta, rechazados en el puerto del que partimos” (DANOWSKI; VIVEIROS DE CASTRO, 2019, p. 26). Los autores agregan que

[l]as distopías proliferan; y un cierto pánico perplejo (peyorativamente tildado de “catastrofismo”), cuando no un entusiasmo algo macabro (recientemente popularizado bajo el nombre de “aceleracionismo”), parece sobrevolar el espíritu del tiempo (DANOWSKI; VIVEIROS DE CASTRO, 2019, p. 26).

Sin embargo, los recursos narrativos que abordan estos fenómenos no son meros artificios literarios; alimentan una reflexión filosófica sobre la fragilidad humana y su finitud. Cuando Mirka dice: “Porque si te dabas por vencido, el desierto te tragaba con su boca antigua e insaciable” (COLANZI, 2016, p. 105), su advertencia parece dirigida más a un divulgador científico que a un fanático de la ciencia ficción. Aguilar González (2024, p. 49) ha argumentado que la literatura posthumana en tiempos de catástrofes ecológicas no se aferra a un optimismo absoluto, sino que busca comprender los horrores de nuestro tiempo mediante la reconfiguración de binarismos hegemónicos y el desarrollo de una deontología humana que ayude a prevenir el fin del devenir del hombre. La propia hipótesis del Antropoceno, que designa un periodo en el que la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica capaz de transformar los ecosistemas terrestres, sugiere que cambios abruptos en los hábitats pueden desembocar en nuestra autodestrucción. Esto plantea preguntas urgentes sobre nuestra relación con el planeta y los límites del progreso **sin fin**.

Así, *Nuestro mundo muerto* no se limita a una crítica a la dominación colonial, como han sugerido algunas lecturas de otros relatos de Colanzi (CABRERA, 2023), sino que explora de manera más profunda la crisis ecológica y el sentido de pertenencia. Lo político, entonces, también implica una dimensión onto-política, y no hay forma de separarlas. A lo largo del relato, la autora insinúa un desarraigo ontológico: una Tierra que ya no reconoce nuestra huella, explotada hasta perder su sensibilidad, sorda a nuestros ruegos. La protagonista encarna este desarraigo a gran escala: su voz interior parece fundirse con la del propio planeta, observándose a sí mismo desde Marte. *Nuestro mundo muerto* construye un juego de espejos atmosféricos donde la Tierra irrecuperable se contrapone al Marte inconquistable, a través de una inquietante reflexión sobre el destino **de un** mundo agonizante.

Pero cabe otra posibilidad. Si ya no se reconocen los límites entre interioridad y exterioridad, como señalan Pettman y Hacker (2024, p. 334), la relación entre lo humano y lo no humano puede dar paso a nuevos modos de coexistencia. Estas ideas no pertenecen únicamente al ámbito ficcional de la escritura creativa, sino que también han comenzado a abrirse paso en otros campos académicos y en el registro autobiográfico de quienes han experimentado en carne propia el cruce de la frontera membranosa de la atmósfera terrestre y han contemplado el planeta desde **su exterior**. Edgar Mitchell, astronauta del Apolo 14, vivió lo que denominó el Efecto de Visión de Conjunto: al ver la Tierra desde el espacio, sintió una conexión íntima con el cosmos y una profunda epifanía. En *From Outer Space to Inner Space*, Mitchell relata:

Lo que vi por la ventana era todo lo que había conocido, amado, odiado y anhelado. Todo estaba allí, suspendido en el cosmos, en esa pequeña y frágil esfera. Experimenté una gran epifanía y una euforia indescriptible. [...] Desde ese momento, mi vida tomaría un rumbo radicalmente distinto (MITCHELL, 2022, p. 16-17, traducción propia).

Estos afectos ambivalentes no expresan un **subjektivismo aislado**. Tanto en el caso de Mirka como en el de Mitchell, la conexión íntima con el cosmos no parece referirse a un enfoque egocéntrico o limitado a la psique, en el que el individuo se centra solo en su propia visión del mundo, sino a una conciencia más amplia de interdependencia: se reafirma la pertenencia a una comunidad. Fuimos arrojados al vacío individualizante, pero ahora buscamos la manera de regresar, la manera volver a **ser-y-estar-con-otros**.

¿Qué es lo Vivo? Vitalidad...pese a todo

Reconocer que habitamos un planeta vivo es un rasgo distintivo del Antropoceno. Aunque pueda parecer una ironía, el *Anthropos* en esta era no es un ser humano biológicamente puro, sino un ente compuesto por asociaciones regenerativas y una visceralidad expuesta. Como recurso visual, la visceralidad evoca cuerpos abiertos, donde lo interior se expone y se fusiona con lo exterior, en un proceso de afectaciones mutuas. Así, la disolución de los límites entre lo subjetivo y lo objetivo, lo mundano y lo cósmico, abre nuevas perspectivas para pensar la cohabitabilidad en paisajes ambientalmente deteriorados o sometidos a fuertes presiones antrópicas.

Marte es un territorio que nunca llega a ser completamente hospitalario para los personajes del cuento, pero tampoco lo es la Tierra (o, específicamente, los Urales) tras la explosión de la planta nuclear y la contaminación que provocó. De hecho, un incidente radioactivo ocurrió en esa región en 1957. Se trata del Accidente de Kyshtym, registrado el 29 de septiembre de ese año en la planta de procesamiento de desechos nucleares Mayak, en la ciudad secreta de Cheliá-

binsk-40 (hoy Ozersk),⁶ entonces parte de la Unión Soviética. Es considerado uno de los peores desastres nucleares de la historia, solo superado por Chernóbil (1986) y Fukushima (2011).

El incidente fue provocado por la explosión de un tanque subterráneo con 80 toneladas de residuos altamente radiactivos, debido a una falla en el sistema de enfriamiento. La explosión no fue nuclear, sino química, causada por la acumulación de nitratos y acetatos. Como resultado, entre 70 y 80 toneladas de desechos radiactivos contaminaron un área de aproximadamente 20,000 km², conocida como la Estela radiactiva del Este de los Urales (*East-Ural radioactive trace* – EURT) (SMITH, 2011, p. 63). Miles de personas estuvieron expuestas a niveles extremos de radiación; al menos 10,000 fueron evacuadas, pero muchas más quedaron expuestas sin advertencia. Años después, se registró un aumento en los casos de cáncer, malformaciones genéticas y enfermedades relacionadas con la radiación en la población local (PLOKHY, 2022). La Unión Soviética ocultó el accidente durante décadas, y solo en 1989 se hicieron públicos los detalles oficiales.

Aunque menos conocido que Chernóbil, el Accidente de Kyshtym tuvo un impacto ambiental y humano devastador. Se convirtió en un símbolo de los peligros del secretismo en la gestión de la energía nuclear durante la Guerra Fría. Svetlana Aleksiévitich menciona brevemente este incidente en una nota de pie de página en *Voces de Chernóbil*, resaltando la magnitud de la contaminación. La referencia complementa el testimonio de la periodista Irina Kiseliova, quien describe el contexto conspirativo que envolvió los desastres radioactivos ocurridos en la Unión Soviética (ALEKSIÉVICH, 2001, p. 111).

Investigaciones recientes muestran que la parte frontal de la Estela Radiactiva del Este de los Urales presenta una alta contaminación, con niveles de 6.700 a 15.000 kBq/m² de estroncio-90 (⁹⁰Sr) y de 200 a 400 kBq/m² de cesio-137 (¹³⁷Cs) (BARESCUT *et al.*, 2009, p. 747). La persistencia de estos isótopos mantiene elevada la radioactividad en la zona. Entre 2003 y 2012, Molchanova *et al.* (2014) analizaron 102 muestras de suelo a distintas distancias de la planta de Mayak y confirmaron que la concentración de radionúclidos de vida larga (⁹⁰Sr, ¹³⁷Cs y ^{239,240}Pu) disminuye con la distancia al epicentro. Estos datos son clave para evaluar el impacto ambiental y confirman que las acciones de remediación y protección deben mantenerse en el tiempo.

Los efectos del Accidente de Kyshtym sobre la flora y fauna de las áreas contaminadas incluyen un daño significativo a las comunidades herbáceas expuestas a dosis superiores a 20 krad.⁷ Los coníferos mostraron mayor radiosensibilidad, su estructura y regeneración se vio afectada. También se observaron cambios en la estructura y el número de poblaciones de peces y

6. Una ciudad o pueblo secreto (o cerrado, como también se conoce) es un asentamiento con restricciones de viaje o residencia, donde se requiere una autorización específica para visitarlo o pernoctar. Estos lugares pueden ser instalaciones militares sensibles o centros de investigación secreta que necesitan más espacio o libertad interna que una base militar convencional (SCHMID, 2015, p. 185).

7. El krad (kilorad) es una unidad usada en radiología y radioprotección para medir la dosis de radiación absorbida por un material o tejido biológico. Equivale a 1.000 rad, que mide la energía depositada por la radiación en un kilogramo de material. El krad se emplea para expresar dosis más grandes, sin considerar los efectos biológicos, que dependen del tipo de radiación y su interacción con los tejidos. Un rad deposita 0.01 joules de energía en 1 kilogramo de material.

roedores, así como un aumento en la tasa de mutaciones genéticas en plantas y animales, aunque la mayoría fueron eliminadas por selección natural. Como resultado de la exposición crónica, se produjeron efectos genéticos predominantes debido a la exposición continua a bajas dosis y el desarrollo de radioadaptación en algunas poblaciones afectadas. Tras 30 años, las características biológicas de las áreas contaminadas no diferían significativamente de las regiones circundantes, excepto en los bosques de coníferas. Los ecosistemas demostraron una notable resistencia a la radiación, lo que permite concluir que la dosis originada por el desastre no causó daños irreversibles. Estos resultados subrayan la capacidad de adaptación y resistencia de los ecosistemas naturales frente a la radiación, así como la importancia de considerar tanto los efectos inmediatos como los de largo plazo en los estudios de radioprotección (SPIRIN *et al.*, p. 1991).

Sin menoscabar su rigurosidad técnica, la pregunta que estos estudios nos plantean insistentemente es qué nos revela la resiliencia de la flora y fauna ante los daños ambientales provocados por el ser humano. En otras palabras, ¿cómo y desde qué cuerpos onto-epistémicos pensamos la vitalidad que emerge incluso en paisajes radioactivos, desolados por el desastre nuclear y la contaminación química? Lo que está en juego, nos guste o no aceptarlo, es cómo nuestra irresponsabilidad y falta de cuidado hacia otros seres resulta en la reconfiguración de relaciones, y cómo esta reconfiguración se convierte en una oportunidad para que otros organismos adquieran o recuperen capacidades agentivas que habían perdido o visto reducidas por la impronta humana.

En esta suerte de **vivir... pese a todo**, la vitalidad no humana del planeta encuentra un asidero para replantear los términos de la coexistencia. Cuando las cosas no salen como esperamos o simplemente se descontrolan, recurrimos nuevamente a la ciencia y la tecnología para recuperar el control. Sin embargo, las cadenas de eventos provocadas por las crisis ecológicas nos envuelven en otro tipo de enredos vitales, obligándonos a devolver la mirada a otros seres y preguntar: ¿cómo esto que hicimos nos está rehaciendo?

La resiliencia ecológica, como planteó C.S. Holling (1986, p. 300), sugiere que los ecosistemas responden a los impactos antropogénicos a través de **ciclos de retroalimentación**, que se podrían entender como cadenas de eventos interconectados, en las que un cambio inicial provoca otros cambios a nivel ecológico y evolutivo. Allen; Gunferson; Holling (2010, p. 9) argumentan que la posibilidad misma de la resiliencia ecológica radica en la discontinuidad del cambio, y no en su linealidad. Así, la ubicuidad de las discontinuidades en los ecosistemas forma parte de **accidentes esperando a suceder** (*accidents waiting to happen*), una expresión metonímica que puede referirse tanto a la imposibilidad de un control absoluto sobre los fenómenos planetarios que nos trascienden, como a la implosión de vitalidad que emerge en contextos de estrés ambiental.

Mirka, la protagonista de *Nuestro mundo muerto*, parece llegar a una conclusión similar. Para ella, se trata de “saltar en el vacío” (COLANZI, 2016, p. 102), en un momento en que la vida que resurge en el Antropoceno conlleva la impronta del fin **de un** mundo antropocéntrico que ha quedado atrás. Si debemos abrazar la promesa de continuidad, es necesario reconocer

la porosidad de esta interdependencia entre seres humanos y no humanos y ser receptivos a las aperturas (co)existenciales que nos permitan cambiar nuestra relación con el planeta. Estas aperturas surgen tras el primer desgarró y se convierten en tejido cicatricial para la construcción de nuevos mundos. Estas aperturas impulsadas por seres que **regresan** a habitar territorios antes vedados o que nunca abandonaron, a pesar de haber sido expulsados (y expuestos). Recordemos, en este sentido, las palabras que el novio de Mirka, Tommy, le dice sobre las moras: “[e]stán contaminadas [...] Todo está contaminado” (COLANZI, 2016, p. 99).

Esa breve increpación, aparentemente de poca trascendencia, replantea la cuestión de las asociaciones regenerativas en el Antropoceno. Es decir, la proliferación de existencias compartidas, en esta era de desorientación ecológica, ya no puede considerarse en términos esencialistas, como el resultado de interacciones causa-efecto entre entidades inmutables. En el Antropoceno, la biología y los cuerpos biológicos no son categorías **discretas** ni onto-epistemológicamente **coherentes**; son, en cambio, permeables, abiertas al contacto y dispuestas a la afectación. Así, ya no se trata de preguntarse qué es lo vivo en un mundo muerto, sino de prestar atención al resurgimiento de la **vitalidad... pese a todo**, ya no solo como un constructo discursivo, sino como una propiedad elemental e inherente a las posibilidades de seguir habitando. Decir que **todo está contaminado** no es lo mismo que decir **todo está muerto**.

En los Urales, la vida coexiste con la contaminación residual, no solo en un sentido metafórico, sino también material. Todo está contaminado, pero no todo está muerto: algo persiste y resiste. Esta vida contaminada da forma a nuevos modos de existencia, de los que también podrían surgir nuevas formas de relacionarse y de **ser-y-estar-con-otros**. En estas expresiones de vitalidad emergente, la contaminación no es totalmente negativa; éticamente, nos invita a replantear la pregunta sobre **qué hacer** y trasladarla a un ámbito onto-político material, donde las existencias reales – las encarnadas en los cuerpos, aquellas alteradas biológica y genéticamente por nuestra in/acción – y no solo representadas a través del discurso, son las que realmente nos pueden ayudar a pensar la cohabitabilidad.

Este nuevo vitalismo planetario ya no puede ser distinguido a través de clasificaciones taxonómicas estables. Las asociaciones regenerativas que la contaminación radiactiva genera sugieren que esta era de desastres y cambio antropogénico podría mejor denominarse el Pneumatoceno (*Πνευματοκαινός*), una noción interesante para pensar la performatividad indómita de los seres y entidades no humanas que participan en la reconfiguración del mundo, actuando como soplo de vida para un planeta agonizante. La noción de Pneuma (*πνεῦμα*) se relaciona más con las energías vitales no humanas que configuran mundos en un planeta afectado por eventos antropogénicos. En contraste, el concepto de Antropoceno es insuficiente para capturar los nuevos impulsos vitales, como el que Mirka señala al decir: “deseé convertirme en un animal” (COLANZI, 2016: 96). El Pneuma es más adecuado para reconocer que, al desear convertirse en animal, no solo se cuestiona la dicotomía humano/animal, sino que también implica un reencontro con una fertilidad gravemente comprometida.

Aunque no estoy proponiendo rebautizar el Antropoceno, la noción de Pneumatoceno parece más adecuada para comprender el desarraigo ontológico que experimentan los personajes de *Nuestro mundo muerto* e incluso para justificar la negativa de la protagonista a tener el hijo que esperaba. Resaltar la interconexión entre formas de existencia en tiempos de cambio climático antropogénico, radiación nuclear y pérdida de especies conecta la idea del fin **de un** mundo antropocéntrico con la posibilidad de un flujo vital orientado a nuevos modos de coexistencia, en los que la decisión de no procrear también se justifica ecológica y ambientalmente.

La soledad cósmica de un rape abisal

En una tarea de reconocimiento, Mirka se enfrenta a un espejismo particularmente inquietante. La protagonista relata: “El enorme pez prehistórico emergió de la superficie marciana y trazó un arco de varios metros en el aire antes de volver a zambullirse en el desierto” (COLANZI, 2016, p. 104). La autora no ofrece más detalles sobre esta visión; sin embargo, más adelante se alude de forma velada a la huella que esta alucinación pudo haber dejado en la psique de Mirka, lo que la vuelve aún más enigmática y, por momentos, aterradora. En una escena de intimidad, Mirka y Pip intentan tener coito sin éxito. En ese momento de intensidad vital, la protagonista le susurra al oído: “Haceme un hijo, [...] y vi a nuestro hijo chapoteando en un océano precámbrico” (COLANZI, 2016, p. 105).

Esta relación entre in/fertilidad y maternidad permite diversas lecturas del cuento, entre ellas una aproximación ecofeminista. No obstante, esto también implica el riesgo de esencializar la maternidad y la figura femenina en su asociación con el cuidado de la naturaleza y un equilibrio armónico que, en realidad, rara vez se manifiesta en estos entornos. Autores que adhieren a los nuevos materialismos feministas, como Stacy Alaimo, han cuestionado las asociaciones fijas entre **mujer** y **naturaleza**, comunes en ciertas corrientes del ecofeminismo clásico. Alaimo (2008, p. 301) argumenta que muchas formas tempranas del ecofeminismo tendían a reforzar ideas esencialistas, sugiriendo que las mujeres estarían **naturalmente** más cercanas a la naturaleza debido a su biología, capacidad reproductiva o sensibilidad emocional. Estas perspectivas corren el riesgo de reproducir las mismas jerarquías patriarcales que el feminismo busca cuestionar.

Por otro lado, la imagen de un ser humano chapoteando en un océano precámbrico, en relación con el enorme pez de la prehistoria, remite más al surgimiento de la vida en la Tierra que al origen específico de nuestra especie. Cabe recordar que el Período Precámbrico abarca desde el origen del planeta (~4.600 millones de años) hasta hace unos 541 millones de años, y comprende tres eones: Hadeico, Arcaico y Proterozoico. Durante este extenso período surgieron las formas de vida más simples, como bacterias y algas. La vida multicelular apenas comenzó a aparecer hacia su final, y la existencia humana es muy posterior. Los primeros homínidos (nuestros ancestros) aparecieron hace entre 6 y 7 millones de años, muchísimo después del Precámbrico. El *Homo sapiens*, nuestra especie, surgió hace apenas unos 300 mil años.

De manera ingeniosa, Colanzi propone un desplazamiento post-antropocéntrico de la vitalidad planetaria que trasciende los condicionamientos biológicos especistas y, por extensión, los preconceptos de género. Incluso podría interpretarse como una **queerización** de las ecologías de vida y muerte, en las que los humanos coexisten y se entrelazan con otras especies (KÜPERS, 2020, p. 299). La Tierra no funciona aquí como un vientre materno que ha parido a todos los seres vivos, sino un espacio de co-construcción onto-política, un devenir en constante transformación y rehacimiento.

Preguntarse: ¿cómo esto que hicimos nos está rehaciendo? se convierte en una cuestión clave, pues revela interacciones no biologicistas que plantean nuevos desafíos y posibilidades para la acción humana. Si la Tierra no es una madre amorosa que alberga nuestras experiencias materiales y sensitivas, sino un ente vivo, autónomo e independiente de nosotros, entonces es necesario comprender que, como resultado de esta relacionalidad, estamos capacitados para establecer vínculos no deterministas con la vitalidad planetaria.

A finales de enero de 2025, el fotógrafo marino David Jara Boguñá se encontraba junto a un equipo de investigadores de la organización conservacionista Condrik Tenerife. Estaban a dos kilómetros de la isla de Tenerife, en las proximidades del archipiélago canario (España). Durante una inmersión, Jara Boguñá logró capturar con su cámara un hecho poco común: el avistamiento diurno de un rape abisal (*Melanocetus johnsonii*)⁸ en aguas superficiales de la costa atlántica, un pez cuya existencia suele permanecer oculta en aguas profundas.

Las imágenes del encuentro se difundieron rápidamente y pronto se convirtieron en un fenómeno viral. En las semanas siguientes, las redes sociales se llenaron de comentarios, reacciones y muestras de asombro. Personas de todo el mundo manifestaron su simpatía y solidaridad con aquel pez, como si reconocieran en él una figura trágica o entrañable. Los medios que cubrieron la noticia informaron que los investigadores observaron al animal durante horas, hasta que murió. Su cuerpo fue preservado y trasladado al Museo de Naturaleza y Arqueología de Santa Cruz de Tenerife (MUNA), donde está siendo estudiado con mayor detalle.

El avistamiento del rape en aguas superficiales y a plena luz del día despertó la imaginación y la creatividad de numerosos internautas sensibilizados. La imagen de **un ser entregado a la inefabilidad de su final** dio lugar a innumerables expresiones: videos de personas refiriéndose al tema, dibujos, memes, una animación al estilo Pixar e, incluso, varios poemas.

Este es un ejemplo de cómo las asociaciones regenerativas en el Antropoceno operan también en el sentido spinoziano, es decir, como afectos que no solo expresan una potencia del ser, sino también su capacidad de transformación a partir de la interacción con los mundos de

8. La morfología del rape es desconcertante: presentan un dimorfismo sexual extremo y una reproducción parasitaria. Los machos, 60 a 120 veces más pequeños que las hembras, se adhieren a ellas y se fusionan hasta convertirse en “testículos vivientes”. Según Willow Defebaugh (2025, en línea), los machos tienen un olfato muy desarrollado, detectando feromonas a larga distancia. Al encontrar una hembra, se aferran a ella, fusionándose y compartiendo el mismo torrente sanguíneo. Las hembras producen bioluminiscencia gracias a bacterias simbióticas en la cabeza bulbosa, y utilizan un apéndice luminoso para atraer presas en las profundidades del océano.

vida creados por otras expresiones de la vitalidad (SPINOZA, 2011). Estas transformaciones, que pueden ser tanto corporales como mentales, no son eventos predecibles, sino contingencias del contacto: momentos fugaces de intensidad afectiva que abren la posibilidad para el reconocimiento del otro y podrían servir para fomentar eco-hospitalidades más inclusivas y solidarias.

En *The Conversation*, una plataforma de noticias y contenido académico en línea, la especialista en Humanidades Ambientales Prema Arasu (2025, en línea) escribió que una criatura que lucha por alcanzar la luz y muere en el proceso es una metáfora poderosa. Se cree que estos peces ascienden a la superficie para morir, lo que algunos especialistas interpretan como una señal de alerta sobre las condiciones ambientales en las zonas profundas del océano. Los peces rape, que pertenecen a la familia Lophiidae, habitan a profundidades de hasta 3.000 metros, en la zona batial. La especie *Melanocetus johnsonii*, en particular, suele encontrarse entre los 180 y 1.820 metros, en la zona mesopelágica.

Si bien estas zonas de aguas profundas no forman parte del lecho marino – y no deben confundirse con él, ya que este se refiere específicamente a la superficie del fondo oceánico –, es pertinente establecer una relación entre ciertos factores antrópicos y el hábitat de esta especie. El aumento de las temperaturas del océano, la acidificación y la acumulación de basura en el lecho marino están alterando, posiblemente de forma irreversible, las condiciones de vida marina. Muchos peces nadan en aguas profundas cercanas al fondo, aunque sin habitarlo directamente, y son altamente sensibles a los cambios en su entorno, viéndose forzados a procesos adaptativos para ajustar sus estilos de vida.

Si bien el rape abisal es un organismo moderno que evolucionó mucho después del Precámbrico, pueden trazarse ciertos paralelismos con el pez prehistórico que aparece en el espejismo de Mirka. Las condiciones extremas del Precámbrico – atmósferas primitivas, ausencia de oxígeno, ambientes hostiles – podrían asemejarse a las de las aguas profundas donde hoy habita *Melanocetus johnsonii*. Este vínculo resulta interesante al estudiar las adaptaciones evolutivas a ambientes extremos y nos remite a lo que señalamos previamente sobre las **afectividades atmosféricas**.

Pettman y Thacker (2024, p. 150, traducción propia) han señalado que “un desierto es más que solo calor, viento y arena”, y aunque suele describirse como “un páramo, un terreno desprovisto de vida, en particular de vida humana, un lugar sin personas, [...] inhóspito para la vida humana”, también es un lugar al que “los seres humanos parecen atraídos continuamente”.

Una de las primeras descripciones que nos ofrece Mirka del paisaje marciano dice: “kilómetros de dunas ocres en las que nada estaba vivo, un desierto silencioso que respiraba en tu cuello” (COLANZI, 2016, p. 95), y más adelante: “kilómetros y kilómetros de páramo, un paisaje herrumbroso en el que a veces destellaban las vetas plateadas de las rocas y de los volcanes muertos” (COLANZI, 2016, p. 102). La vastedad de estos paisajes desérticos, como dice Mirka, “nos confronta con el Gran Sinsentido de nuestra condición”, absorbe nuestro cuerpo con su indiferencia y lo disuelve en “una planicie desolada” (COLANZI, 2016, p. 105).

En un registro similar, las aguas profundas pueden evocar emociones análogas. Para muchas personas, el océano parece un entorno tan hostil como el propio Marte. Ambos son espacios que hemos soñado con conquistar, pero que siguen siendo enigmáticos.⁹ Los seres humanos no pueden descender directamente y por períodos prolongados a la zona batial debido a las extremas condiciones de presión, oscuridad y temperatura que allí imperan. A 3.000 metros de profundidad, la presión es unas 300 veces mayor que en la superficie, la temperatura oscila entre 2 y 4 °C, y no llega luz solar. El entorno es completamente oscuro y hostil para el cuerpo humano. En cierto sentido, puede considerarse tan marciano como Marte mismo.

Pero el avistamiento del rape abisal también abre espacio para reflexiones críticas más amplias, pues ya no se trata solo de generar afectos positivos hacia especies que, por su apariencia extraña – bocas repletas de colmillos, bioluminiscencia o sexualidad insólita –, suelen ser vistas con desdén o temor. Si se trata de “mundos ajenos al nuestro y criaturas que son vistas de manera inusual por ojos humanos” (MATHER, 2025, en línea) la cuestión que debemos plantearnos es cómo aprender a ver estas especies de manera diferente. Es decir, lo que debe cambiar es la forma en que las percibimos.

Parafraseando a Colanzi, quizá debemos ser nosotros, los humanos, quienes debemos sumergirnos en el desierto, porque esa vastedad inexpugnable de los espacios indómitos sigue siendo parte del cosmos del que formamos parte. Rosi Braidotti (2005, p. 85) propone que “para encontrar las bases filosóficas de un trazo vitalista y claramente antiesencialista de la inmanencia”, se requiere “una visión profundamente inscrita del sujeto encarnado” y “considerar tanto las continuidades como las discontinuidades”, ya que

[e]l orden de nuestro pensamiento debe estar en condiciones de dar cabida a las complejidades internas y a los efectos no secuenciales. Se necesita creatividad conceptual para vivir a la altura de estas complejidades, al igual que un desinterés saludable y liberado de nostalgias por las creencias tradicionales (BRAIDOTTI, 2005, p. 86).

Se trata, entonces, de enunciar una filosofía vitalista y antiesencialista que convoque afectos incongruentes y perturbadores como condición de posibilidad para la coexistencia posthumana. Podríamos preguntarnos, con Mirka, qué significados onto-políticos podrían derivarse de la acción de devolver la mirada a un ciervo espectral. Aquí, la realidad de la extinción se vuelve profundamente agentiva, obligándonos a tomar parte en el reconocimiento de los seres que están desapareciendo por nuestra causa. No se trata de culpabilidad ni castigo, sino de la posibilidad de elaborar un duelo regenerativo, un duelo que no lamente la muerte, sino que cree condiciones favorables para la vida de los que **aún están aquí, resistiendo**. Aprender a vivir con los que hemos perdido, con los que están siendo diezmados y con los que regresan de manera acechante debe ser parte de esa onto-política coexistencial.

9. Al igual que muchas sondas y robots fabricados por el ser humano han logrado aterrizar en la superficie de Marte – empezando por la Viking 1 en 1976 – también hemos conseguido explorar la zona batial mediante vehículos especiales, como sumergibles tripulados (por ejemplo, el DSV Alvin, el Limiting Factor o el famoso Trieste) y vehículos operados remotamente (ROVs), que permiten la exploración sin necesidad de llevar personas a bordo.

Greenpeace ha advertido que la minería de aguas profundas, que busca extraer metales del lecho marino, podría poner en peligro al rape abisal y otras especies. Esta actividad, que comenzará en la zona Clarion-Clipperton del Pacífico, será realizada por empresas como The Metals Company mediante grandes máquinas trituradoras. Greenpeace señala que, si se permite, esta minería dañará irreparablemente los océanos y pondría en riesgo tanto a los peces rape como a los ecosistemas marinos esenciales para millones de personas (Bernard, 2015, en línea). Entonces, ¿qué debemos aprender aún de estos breves momentos de comunión con la soledad del cosmos que llamamos avistamientos? ¿Qué nos dicen las visiones de animales **fuera de lugar**, como un ciervo en Marte, o un rape abisal en aguas superficiales, sobre las afectividades trastocadas por la desorientación ecológica del Antropoceno?

Las palabras que Jara Boguñá escogió para referirse a las implicaciones afectivas de su encuentro con el rape no son casuales, ni mucho menos triviales, sino que denotan el efecto que seres **invisibilizados** provocan al tornarse visibles en sus propios mundos. “Este pequeño pez ha cambiado mi vida para siempre”, escribió en su cuenta de la red social Instagram, al pie de imágenes inéditas que compartió. Y, además, agregó:

Creo que este evento ha servido para despertar la curiosidad por el mar en la gente, especialmente en los más jóvenes, y tal vez también para que los mensajes sobre la conservación del ecosistema marino lleguen a muchas más personas (JARA BOGUÑÁ, 2025, en línea).

Estas declaraciones revelan un espectro de emociones en tensión: afectos ambivalentes que nos impulsan a mirar más allá de las categorías cognitivas tradicionales, buscando en el asombro y la curiosidad nuevas formas de relación. A partir de estos ejemplos, surge una cuestión incluso más significativa: la idea de que los mundos que están llegando **a un fin** adquieren relevancia al provocar un **desarraigo ontológico**. Este desarraigo podría ser la causa de otros fenómenos identificados como solastalgia, duelo ecológico o ecoansiedad. Hay una sensación de urgencia.

Consideraciones finales

La creciente desconexión entre el conocimiento humano sobre el cosmos y nuestro sentido de pertenencia en él impregna las preocupaciones ambientales sobre la crisis climática y la extinción masiva. Como señalan Pettman y Thacker (2024), en la cita que introdujo el presente artículo, la soledad cósmica no es solo un telón de fondo, sino un mecanismo que nos enfrenta a la inmediatez de lo vasto, una experiencia abrumadora en la que se manifiesta la paradoja de coexistir con fenómenos que pueden sentirse inmensos y lejanos, pero al mismo tiempo personales y próximos. Esta vastedad no solo se mide en años luz – las distancias que separan la Tierra de otros cuerpos celestes –, sino también en un plano existencial: el cosmos sigue expandiéndose mientras seguimos sin establecer contacto con vida inteligente más allá

de nuestra atmósfera. Así, la exploración espacial se llena de interrogantes sobre la ausencia de señales y la incerteza de nuestra posteridad en un **bosque oscuro** (LIU, 2017) que encubre tanto esperanzas como temores.

Por otro lado, la desorientación ecológica también genera afectos ambivalentes frente a un mundo que nos es cada vez más extraño, indiferente a nuestro destino como especie y que probablemente seguirá existiendo después de que el último humano haya pisado su superficie. Esta desorientación subvierte las escalas de interpretación (es decir, los marcos, niveles o parámetros que utilizamos para comprender y analizar la realidad), y nos obliga a replantear las prácticas científicas. Surge así una serie de preguntas inevitables: ¿qué significa realmente este fin? ¿A qué principios **inexplorados** puede conducir? ¿Qué lecciones eco-pedagógicas podemos aprender y cómo pueden ayudarnos a resignificar nuestra relación con mundoa en crisis?

Ya sea en el espacio exterior o en las profundidades marinas, la coexistencia en una era posthumana plantea interrogantes sobre los dilemas y contradicciones que rodean la interacción de los humanos con otros seres y entidades, incluyendo la vida no orgánica y los objetos inanimados. El universo no está compuesto de cosas estáticas, sino de procesos y relaciones interconectadas con la vitalidad de los mundos que cocreamos. El extrañamiento propio de una época marcada por la desorientación ecológica, donde las emociones humanas se entrelazan con los fenómenos estructurales y cósmicos, podría describirse incluso en términos de un **desarraigo ontológico**. La expresión resulta sugerente desde reflexiones filosóficas y culturales que analizan la condición humana en el Antropoceno: una era en la que, paradójicamente, lo humano es más susceptible que nunca a las interdependencias y a las contaminaciones.

La intersección entre la era geológica, el cambio climático antropogénico y la exploración interplanetaria excede los límites racionales, mientras que, por otro lado, la violencia generalizada que afecta a millones de seres humanos y no humanos nos obliga a crear nuevas formas de cohabitabilidad con alteridades sin cuerpo independiente, muchas de ellas radioactivas, agrotóxicas y venenosas. Desde esta perspectiva, también se abre la posibilidad de asumir la responsabilidad por nuestros actos y de crear otros modos de ser y estar en el mundo, incluso allí donde las ruinas, pese a los escombros, se revelan generosas y permiten reconfigurar la existencia.

Referencias

AGUILAR GONZÁLEZ, Metztli Donají. Catástrofe ecológica y apocalipsis: distopías posthumanas en Nuestro mundo muerto (2016) y Atomito (2020) de Liliana Colanzi. (2024). *Pangeas: Revista Interdisciplinar de Ecocrítica*. Alicante, n. 6 (p. 39-50), 2024.

ALAIMO, Stacy. Ecofeminism without Nature? Questioning the Relation between Feminism and Environmentalism. *International Feminist Journal of Politics*. United Kingdom, v. 10, n.3 (p. 299-304), 2008.

ALLEN, Craig R.; GUNFERSON, Lance H.; HOLLING, C. S. Commentary on Part One Articles. In: GUNDERSON, Lance H.; Allen, Craig R.; HOLLING, C. S. **Foundations of ecological resilience**. Washington, DC: Island Press, 2010. p. 3-18.

ARANDA, Alberto. *Entrevista con Liliana Colanzi por el libro Nuestro mundo muerto*. 2022. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=uUBquOm89Zw> Acceso 22 febrero 2025.

ARASU, Prema. 'Icarus of the deep': how a dying anglerfish became a social media sensation. *The conversation*, Australia, 7 marzo 2025. Disponible en <https://theconversation.com/profiles/prema-arasu-1344909>. Acceso en 19 marzo 2025.

BARESCUT, J.; Molchanova, I.; Pozolotina, V.; Karavaeva, E.; Mikhaylovskaya, L.; Antonova, E.; Antonov, K. Radioactive inventories within the East-Ural radioactive state reserve on the Southern Urals. *Radioprotection*. Cambridge, v. 44, n. 5 (p. 747-757), 2009.

BERNARD, Kimberley. This anglerfish captured hearts across the world, but the future of her species hangs in the balance. *Greenpeace*, Internacional, 6 marzo 2025. Disponible en <https://www.greenpeace.org/international/story/73304/anglerfish-world-future-species-balance>. Acceso en 29 marzo 2025.

BRAIDOTTI, Rosi. **Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir**. Trad. Ana Varela Mateos. Madrid, España: Ediciones Akal, 2005.

CABRERA, Mario Federico David. El pliegue gótico/colonial en la narrativa de Liliana Colanzi. *Heterotopías*. Córdoba, v. 6, n. 11 (p. 1-15), 2023.

COLANZI, Liliana. **Nuestro mundo muerto**. Ciudad de México: Almadía, 2016.

DANIEL, James Rushing. "It's Like a Fairytale, Really": Capitalist Fantasy, Postplanetary Rhetoric, and the New Space Race. *Rhetoric Society Quarterly*. Philadelphia, v. 53, n. 4 (p. 522-537), 2023.

DANOWSKI, Déborah; VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo. **¿Hay mundo por venir?: ensayo sobre los miedos y los fines**. Trad. Rodrigo Álvarez. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.

DEFEBAGH, Willow. The Deep-Sea Anglerfish That Inspired Love on the Surface. *Atmos*, New York, 28 febrero 2025. Disponible en <https://atmos.earth/the-deep-sea-anglerfish-that-inspired-love-on-the-surface>. Acceso en 11 marzo 2025.

FISHER, Mark. **Lo raro y lo espeluznante**. Trad. Núria Molines. Barcelona: Alpha Decay, 2018.

GONZÁLEZ ALMADA, Magdalena. El espacio no es una superficie. Variaciones sobre la configuración de la naturaleza en la literatura de Bolivia. **Latinoamérica. Revista de estudios Latinoamericanos**, n. 77, (49-73), 2023.

HARAWAY, Donna. **O manifesto das espécies companheiras: cachorros, pessoas e alteridade significativa**. Trad. Pê Moreira. Rio de Janeiro: Bazar do Tempo, 2021.

HOLLING, C. S. The resilience of terrestrial ecosystems: local surprise and global change. In: CLARK, William C., MUNN, Robert Edward. **Sustainable development of the biosphere**. Cambridge: University Press, 1986. p. 292-320.

JARA BOGUÑA, David. [jara.natura] (25 de enero de 2025). [Este pequeño pez ha cambiado mi vida para siempre...] [Fotografía] https://www.instagram.com/p/DGgajMqooD9/?img_index=1.

KÜPERS, Wendelin. Queer(ing) moves: Beyond Anthropocene, toward convivial, sustainable futures. *World Futures*. United Kingdom, v. 76, n. 5-7 (p. 287-313): 2020.

LIBROS A MÍ. *Liliana Colanzi conversa con nosotros sobre su libro "Nuestro mundo muerto"*. 2017. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=kANhzXHIAXI> Acceso 26 febrero 2025.

LIU, Cixin. **El bosque oscuro**. Trad. Javier Altayó y Jianguo Feng. Barcelona: Nova, 2017.

LUCKHURST, Roger. The weird: a dis/orientation. **Textual Practice**. United Kingdom, v. 31, n. 6 (p. 1041-1061), 2017.

MATHER, Victor. Un pez de las profundidades es avistado cerca de las islas Canarias. *The New York Times*, New York, 12 febrero 2025. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2025/02/12/espanol/ciencia-y-tecnologia/pez-diablo-negro-tenerife-espana.html> Acceso 14 marzo 2025.

MITCHELL, Edgar. **From Outer Space to Inner Space: An Apollo Astronaut's Journey Through the Material and Mystical Worlds**. Newburyport, MA: Red Wheel/Weiser, 2023.

MOLCHANOVA, I.; MIKHAILOVSKAYA, L.; ANTONOV, K.; POZOLOTINA, V.; ANTONOVA, E. Current assessment of integrated content of long-lived radionuclides in soils of the head part of the East Ural Radioactive Trace. *Journal of environmental radioactivity*. United Kingdom, n. 138 (p. 238-248), 2014.

NotimexTV. *Liliana Colanzi presenta "Nuestro mundo muerto"*. 2016. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=I-5PH5re3CA> Acceso 15 febrero 2025.

OCARANZA ORDÓÑEZ, Denise Elizabeth. *La reinterpretación hispanoamericana del horror tradicional: crítica social en la narrativa de Samanta Schweblin, Mariana Enríquez y Lliana Colanzi*. 2024. 199f. Disertación (Maestría en Humanidades: estudios literarios), Universidad Autónoma del Estado de México, Ciudad de México.

PÉREZ, JANET ELISA. *Liliana Colanzi ¿Yuxtaposición entre la literatura indigenista y el modo weird en la era del Antropoceno?* 2022. 79f. Tesina de Laurea. (Corso di Laurea Triennale Interclasse in Lingue, Letterature e Mediazione culturale), Università degli Studi di Padova, Padua.

PETTMAN, Dominic; THACKER, Eugene. **Sad planets**. New Jersey: John Wiley & Sons, 2024.

PLOKHY, Serhii. **Atoms and ashes: a global history of nuclear disasters**. New York: WW Norton & Company, 2022.

SCHMID, Sonja D. **Producing power: The pre-Chernobyl history of the Soviet nuclear industry**. Cambridge, MA: MIT Press, 2015.

SMITH, J. T. Nuclear accidents. In: HARRISON, Roy M.; HESTER, Ronald E. **Nuclear power and the environment**. Cambridge: Royal Society of Chemistry, 2011. p. 57-81.

SPINOZA, Baruch. **Ética**. Madrid: Alianza. 2011.

SPIRIN, D. A.; ROMANOV, G. N.; TIKHOMIROV, F. A.; SMIRNOV, E. G.; SUVOROVA, L. I.; SHEVCHENKO, V. A. **The consequences of the Kyshtym accident for flora and fauna**. Kyshtym, Windscale, Chernobyl. (Seminar on comparative assessment of the environmental impact of radionuclides released during three major nuclear accidents), p. 809-819.

THE ECONOMIC TIMES (ET Online). Elon Musk announces new missions to Mars, says 'everybody may visit the red planet soon'. *The Economic Times*, Mumbai, 23 setiembre 2024. Disponible <https://economictimes.indiatimes.com/news/science/spacex-plans-to-send-five-uncrewed-starships-to-mars-in-two-years-musk-says/articleshow/113590762.cms>. Acceso en 27 marzo 2025.

TSING, Anna. Unruly edges: mushrooms as companion species: for Donna Haraway. *Environmental humanities*, Durham, NC, v. 1, n. 1 (p. 141-154), 2012.